

A romantic outdoor dining scene at sunset. A long table with a white tablecloth is set with plates, glasses, and a centerpiece of oranges and greenery. The table is surrounded by wooden chairs on a deck. The background features a lush garden with pink and purple flowers, a large tree with hanging lanterns, and a small house in the distance. The name 'Raquel' is written in a green, elegant cursive font, with a decorative flourish above it.

Raquel

# Raquel

-Raquel, me pasas esa fuente?

-Claro, aquí tienes - Raquel se detuvo un momento para observar a Paula. Qué bonita y buena mujer era. El sol del atardecer se filtraba por la ventana y realzaba aún más el dorado de sus bucles.

La casa estaba reluciente. El piso de porcelanato blanco parecía recién colocado, no tenía una sola mancha. Raquel siguió recorriendo con su mirada cada detalle. Los Álvarez habían preparado todo con mucho esmero. Había jarrones de flores repartidos en cada rincón y lucecitas cálidas por toda la casa que completaban la escena.

- Ha quedado lindo, ¿no? - le soltó Paula, conteniendo la risa al ver la mirada embelesada de su amiga.

- Por supuesto, eres una artista - le dijo Raquel que ya tenía en una bandeja las últimas copas que faltaban en la mesa.

En el jardín, el grupo de invitados estaba listo para la cena. 20 personas de todas las razas conversaban animadamente mientras el sol soltaba sus últimos destellos.

A medida que la velada fue avanzando, Raquel sabía que pronto llegaría su turno de contar la historia. El momento no se hizo esperar. Jorge, que dirigía la reunión, la miró asintiendo suavemente.

- Raquel, sabemos que has vivido un suceso terrible. No quisiéramos refrescar esos malos sentimientos, pero cuéntanos, ¿qué hizo Jehová por ti en esos momentos?

- Está bien. El dolor de esos recuerdos se ha convertido en una gota de veneno en el mar. Y sabemos con certeza que Jehová se encargará de remediar todo a la brevedad. Creo que a ninguno de ustedes les costaría imaginar el horror que vivimos esa noche. La verdad es que no entendíamos el por qué de esa crueldad inesperada. Sabíamos que esos soldados eran capaces de muchas cosas y no fueron pocos los judíos que se desplomaron atravesados por sus implacables espadas. Pero, muchas veces, se debía a revueltas o disturbios. Pero esta vez... ¿Qué sentido tenía?

Pasamos noches sin dormir, no encontrábamos explicación. Pero entonces los vecinos empezaron a atar cabos. Y nosotros también, al conversar con ellos, entendimos que había algo más grande y trascendental que nuestra existencia ocurriendo en Belén. Los pastores lo habían anunciado: había nacido allí mismo entre nosotros, aquel de quien por generaciones nuestros antepasados habían hablado: el Cristo, el salvador. ¿Sería por eso que Herodes mandó a los soldados? ¿Estaría buscando matar en realidad a Jesús? Los pastores estaban convencidos de que ese bebé era el Mesías. Hablaban de haber visto a ángeles en el cielo, aseguraban que uno de ellos se los comunicó con claridad. De hecho habían llegado de imprevisto y alborotados, preguntado por gente que no conocíamos. Y tenían razón: había un matrimonio alojado en un establo y había nacido allí un niño. Sé que la familia se quedó un tiempo en Belén. Yo no llegué a verlos. Obviamente, las opiniones estaban divididas, algunos les creían a los pastores, otros estábamos un poco más escépticos. Pero los fuertes sucesos que después sacudieron nuestra tranquila comunidad empezaban a dar indicios de que algo grande estaba pasando.

No voy a negarlo, seguí llorando cada día durante meses por mi hijo, Rubí. Tenía realmente roto el corazón y me negaba a ser consolada. Pero con el tiempo una pequeña llamita se prendió en mí. Empecé a pensar también en Jesús. Ahora prestaba mucha más atención cuando en la sinagoga se leía acerca de las profecías relativas al mesías. Empecé a orar mucho más que antes. Le pedía a Jehová consuelo por la pérdida de mi bebé. Pero también me sorprendí a mí misma hablándole muchas veces a Dios acerca de su propio hijo.

Los años pasaron. Más de 30 y entonces... un día... lo vi con mis propios ojos.

Cuando Raquel soltó esa última oración se hizo un silencio ensordecedor. Ella hizo una

pausa y recorrió las miradas de todos los que tenía a su alrededor. Habían soltado sus tenedores. Tenían los ojos bien abiertos y el corazón anudado. Había llegado un momento demasiado precioso para todos los que con oídos atentos seguían cada palabra de su relato. Tenían ante ellos a alguien que había visto al mesías con sus propios ojos.

Raquel continuó el relato:

- Esa tarde estaba de visita en Capernaum, en la sinagoga. Era sábado. Y ¿saben qué pasó?

- Había un hombre con la mano seca - dijo Luci, una pequeña de 10 años que había nacido en el nuevo mundo.

- Ah... Pero ¡muy bien pequeña! - Le respondió Raquel, que había quedado boquiabierta. Ya de muy temprana edad los niños estaban bien familiarizados con los relatos de la Biblia y también con los nuevos rollos.

- Como dijo Luci, había un hombre con la mano seca. Lo vi cuando pasé y le di unas monedas. Caminé un par de metros, estaba hablando con mi marido y entonces se escuchó un alboroto. No sabíamos qué estaba pensando. En un momento logré ver en un huequito, entre todas las cabezas que tenía delante, al hombre que acababa de ayudar. Estaba parado moviendo sus dos manos ¡y estaba curado! No puedo explicarles todo lo que sentí en ese momento. Lo supe al instante y me largué a llorar. Quería tener la visión clara para poder ver al mesías, me sequé las lágrimas y miré a David.

En ese momento Raquel miró a su marido que estaba al lado. Los dos asintieron al unísono y se empezaron a reír

- Es que fue así tal cual - siguió David. En ese momento nos miramos y asentimos. Sabíamos que habíamos encontrado al Mesías.

- ¡Ay! Perdón, es que no te he dejado hablar.

- Me encanta escuchar cómo lo cuentas. Bueno, ¿sigo un poco yo?

- Por favor - le respondió Raquel.

Desde ese día empezamos a seguir todo lo que pudimos a Jesús. Incluso llegamos a saber de las resurrecciones que hizo. Eso nos llenó el corazón de emoción. No sabíamos cómo, de hecho todavía no sabemos exactamente cómo será, pero en ese momento entendimos realmente que Dios podía devolvernos a nuestro hijo y que la esperanza de la resurrección era totalmente segura. Ambos fallecimos en un accidente doméstico poco antes de la muerte de Jesús. Así que hemos vivido de

primera mano el maravilloso regalo de la resurrección. Todas las promesas han llegado a ser sí mediante él. Y nosotros, que en un tiempo no creímos, ahora no podemos dejar de hablar de todas las cosas que hemos visto y de todo lo que Jehová ha hecho de forma inmerecida por nosotros.

Raquel y David siguieron durante un rato respondiendo preguntas acerca de cómo era y cómo hablaba Jesús. También hablaron sobre la profecía y la coincidencia de que ella se llamara Raquel. Habrá sido casualidad, porque había otras mujeres en su misma situación y tenían diferentes nombres.

Otros recién resucitados también contaron sus historias. Todas dejaban en el aire mucho para pensar.

Aquella fue una noche realmente memorable.

A la mañana siguiente, Raquel y David estaban terminando su adoración matutina. Ya a punto de levantarse, tenían sus manos apoyadas en la mesa y sus rodillas preparándose para ponerse de pie. Pero entonces, a mitad del movimiento, se quedaron petrificados y se miraron con los ojos bien abiertos. Y es que desde la habitación de al lado, se escuchó claramente... el llanto de un bebé.

Y es Raquel,  
que llora de felicidad por su hijo  
Y ya se ha dejado consolar,  
porque él, si es obediente,  
por siempre vivirá.

*Micaela Said*  
*Entre Ríos, Argentina*